

“el que beba del agua que yo le diere no tendrá sed jamás; más aún, el agua que yo le daré será en él un manantial que salte a la vida eterna”², y su opinión ha sido tenida en cuenta desde entonces por la mayoría de los editores y estudiosos de la obra, incluido Jacques Joset en su edición crítica de 1990. Otros especialistas, en cambio, han llamado la atención sobre las posibles connotaciones eróticas del episodio, que –no lo olvidemos– es continuación de la descripción de un tórrido encuentro del Arcipreste con una lasciva serrana. Louise O. Vasvari ha explorado el simbolismo sexual que se desprende del léxico utilizado en estas dos estrofas, en las precedentes y en las siguientes –entre ellas la expresión “la chata troya”, con sus supuestas connotaciones prostibularias³–, y Vicente Reynal, en relación con el verso que más nos interesa en estos momentos a nosotros, el que contiene la alusión al pozo, ha interpretado que contiene “metáforas clásicas que se aplican al órgano sexual femenino, sinécdoque a la vez de mujer”⁴.

Según este otro tipo de interpretaciones, el episodio aludiría a una especie de accidentada y frustrante peregrinación sexual del Arcipreste por tierras segovianas, que incluiría el lance previo con la serrana y algún encuentro prostibulario en la ciudad de Segovia del que habría derivado un apreciable descenso en el *cabdal* de la *bolsa* del arcipreste. Lance, apunto yo ahora de paso, que pudo no tener sólo una dimensión económica, dado que las palabras *cabdal* y *bolsa* podrían, dentro del sutilísimo encaje de metáforas y de eufemismos que es el *Libro* del Arcipreste, estar relacionadas con la “cola” (=pene) y con la “bolsa testicular”, y sugerir que las equívocas aventuras del Arcipreste en Segovia no sólo aligeraron el *cabdal* y la *bolsa* de sus dineros, sino también su *cabdal* y su *bolsa* genitales. Sobre el doble sentido sexual de esa *bolsa* puede merecer la pena recordar aquí un viejo epigrama griego de Simónides que situaba la misma palabra en un ámbito prostibulario muy sugerente al ser comparado con el episodio descrito por Juan Ruiz:

Bedion la flautista y Pitíade, las en tiempo al servicio del amor,
a ti, Cipris, consagraron los ceñidores de sus senos y retratos.

2. Lida de Malkiel, “Notas para la interpretación, influencia, fuentes y texto del *Libro de buen amor*”, *Revista de Filología Hispánica* II, 1940, pp. 105-150.

3. Louise O. Vasvari, “Múltiple transparencia semántica de los nombres de la alcahueta en el *Libro del Arcipreste*”, *Medioevo y Literatura. Actas del Quinto Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 1993)*, 4 vols., ed. J. Paredes, Granada, Universidad, 1995, IV, pp. 453-63; y “Peregrinaciones por topografías pornográficas en el *Libro de buen amor*”, *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, 2 vols., ed. J. M. Lucía Megías, Alcalá, Universidad, 1997, pp. 1563-1572.

4. Vicente Reynal, *El lenguaje erótico medieval a través del Arcipreste de Hita*, Madrid, Playor, 1988, p. 94.

Negociantes y marinos, vuestra bolsa sabe bien de dónde
salieron ceñidores y pinturas⁵.

El tópico tiene larguísima tradición, y se nos muestra, en un contexto otra vez prostibulario –y de nuevo con el doble sentido de *bolsa* de dineros y *bolsa* genital–, dentro de la siguiente cancioncilla tradicional cántabra:

Por andar a picos pardos
me tuvieron que cortar
la bolsa, los cascabeles
y la caña de pescar⁶.

Pero nuestro objetivo no va a ser desentrañar aquí –tarea quizás imposible– todo el ambiguo y sin duda complejísimo tejido de alusiones y de símbolos que se acumulan en estas estrofas intencionadamente equívocas y oscuras del Arcipreste, sino analizar tan solo los valores metafóricos –en este contexto– del *pozo* que parece ser una de sus palabras claves, con el fin de explorar la posible connotación erótica y el presumible valor eufemístico que, en mi opinión, se le asocian en este contexto. La palabra y el concepto de *pozo* cuentan, efectivamente, con una larguísima y bien atestiguada tradición lingüística y literaria asociada a la imagen de la vagina femenina que nos puede servir ahora –a medida que la vayamos documentando en una gran cantidad de textos de diversas épocas y países– para aclarar el doble sentido sexual que podría tener en el episodio descrito por el Arcipreste.

Comencemos a comprobarlo a partir de dos de los más ingeniosos chistes incluidos por Joan de Timoneda en su *Buen Aviso y Porta Cuentos* de 1564. El primero es el relato II:23 de la colección:

Pasando muchas señoras en conversación de un aposiento a otro, vieron en un andamio escrito este verso que decía:

Renegad de pozos hondos.

En verle, tomóse a reír la una de ellas, en que dijeron las otras:
— ¿De qué se ríe vuestra merced?
Visto de qué, respondió la más atrevida:

5. Máximo Brioso Sánchez, *Antología de la Poesía Erótica de la Grecia Antigua*, Sevilla, El Carro de la Nieve, 1991, p. 279.

6. Fernando Gomarín Guirado, *Cancionero secreto de Cantabria*, Oiartzun, Sendoa, 2002, núm. 184. Otra versión idéntica fue publicada en Manuel Urbano, *Sal gorda: cantares picantes del folklore español*, Madrid, Hiparión, 1999, p. 137.

— Si me dais, señora, licencia yo satisharé por todas.
Siendo contentas, tomó un carbón, y, bajo donde decía “renegad de pozos hondos”,
asentó:

No, sino de sogas cortas⁷.

Según una iluminadora nota a pie de página de Maxime Chevalier y de Pilar Cuartero, eruditos editores de la obra de Timoneda, estamos ante un

cuento que recuerdan en el siglo XVII dos escritores franceses, quienes quizá no lo conocían directamente por el *Portacuentos*, sino por vía oral:

— Antonio de Brunel, *Viaje de España (Viajes de extranjeros por España y Portugal II, p. 418b)*, quien, refiriéndose a las mujeres de mala vida, observa: “Sin duda todo ese sexo tiene ingenio sutil en esos sitios, porque se ejercita en galanterías que llaman *requiebros*, y no se estudia más que para decir buenas palabras y hablar rasgos ingeniosos. No los tienen honestos, y dicen que hubo una que, viendo pintadas en una pared sus partes vergonzosas con esta inscripción: “Sin fondo”, al punto tomó un carbón y puso: “Falto de cuerda”.

— Tallemant des Réaux, *Historiettes* p. 870, quien lo recoge de la forma siguiente:

Un espagnol écrivit sur la porte d'une courtisane un C. avec se mot: “Sin hundo [sic]”; elle, sur le champ, y ajouta: “Falta di corda [sic]”.

El segundo relato del *Buen Aviso y Porta Cuentos* (I:63) de Timoneda —en realidad un cuentecillo tradicional que Jean de la Fontaine recrearía tiempo después en Francia con el título de *El anillo de Hans Carvel*, aunque sin ninguna alusión a ningún pozo— insistía sobre un equívoco parecido:

De tener un hombre hermosa mujer, y quererla en extremo, concibió tantos celos en sí, que, de noche, ni de día, no reposaba, tanto que, una noche, soñando, soñó que el demonio le ponía un anillo riquísimo en el dedo, diciendo:

— Mira, hombre celoso, guarda bien ese anillo que te doy, porque te hago saber que tiene tal propiedad, que, mientras le tuviera en el dedo, no hayas miedo que tu mujer te ponga el cuerno.

Con este regocijo y contentamiento, despertó,

7. Joan Timoneda, *Buen Aviso y Porta Cuentos*, en Joan Timoneda y Joan Aragonés, *Buen Aviso y Porta Cuentos. El Sobremesa y Alivio de Caminantes. Cuentos*, ed. P. Cuartero y M. Chevalier, Madrid, Espasa Calpe, 1990, p. 150.

hallando, sin lo querer,
el dedo puesto de dentro
en aquel pozo sin centro
de su querida mujer⁸.

En la ensalada “*Oremus al dios de amor*”, de Pedro de Orellana, se encuentra inserta una cancioncilla que debía ser tradicional en los Siglos de Oro, y que tampoco deja dudas sobre las connotaciones sexuales del *pozo*:

El abad cayó de la puente
súpitamente.
El abad cayó en un pozo
muerto de gozo⁹.

Y una de las estrofas de una atrevida zarabanda de la época reincidía así en el mismo tipo de equívoco:

Señora la de Redondo
que tenéis el pozo hondo,
¿por qué no dais carne abondo
que se enoje el obligado¹⁰?

La alusión al pozo que simboliza la vagina aparece también en un hermoso y picantísimo romance atribuido a don Luis de Góngora tras cuya evocación del “huerto sercado y con poço en medio” de una viuda se trasluce un más que subido doble sentido sexual. En especial a partir del momento en que se ensalza el magnífico *pimiento* (=pene) que alegraba el huerto regado por tal pozo:

Tenía vna biuda triste
dentro de su casa vn huerto
que le quedó de su madre,
sercado y con poço en medio;
los quadros de siemprebiua,
vna hierba de discreptos,
que para memorias tristes
balfá qualquier dinero;

8. Timoneda, *Buen Aviso y Porta Cuentos*, pp. 127-128.

9. Véase la edición en Margit Frenk, *Nuevo Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 2003, núm. 1855B.

10. Claude Allaire y Vincent Pérez, “Trois fleurs piquantes du *Cancionero Classense* de Ravenne (ms. 263): les *Zarabandas*”, *Homenaje a José Manuel Blecua*, Madrid, Gredos, 1983, pp. 17-51, p. 21.

con sereças garrafales
 vn muy hermoso cerezo,
 golosina de las moças
 que *por* maio coxen trébol;
 vn cardillo de beatas
 que rebelaua secretos,
 sebollosos rabanillos
 de puro regallos, tiernos;
 las cabeças de sus ajos
 paresçen de monasterios,
 cogombros de todo el año
 retorcidos y derechos.
 Lo que más gusto le daua
 de la ortaliça y el huerto
 era, según imagino,
 vn colorado pimiento,
 porque otro como aquel
 tubo, su marido Diego:
 el tiempo se lo robó,
 que todo lo rroba el tiempo;
 en su estancia le metía
 con la hescarcha en el himbierno,
 y al sol le pedía en berano
 que se humane con su tiesto:
 “Ai, pimiento quemador
 –le decía por requiebro–,
 colorado estáis ahora,
 y nacistes verdinegro;
 natura os bistió de grana,
 color graue, alegre y bueno;
 a los hojos hos venís,
 y *por* ellos bais al cuerpo;
 si pongo la holla tarde
 vos coséis la carne luego,
 si descolorida estoi,
 me prestáis del color *vuestro*.
 Ai, si hio poeta fuera
 ¡ qué os hiçiera de versos,
 si caballera me armase,
 seréis penacho de hielmo;
 en fin, sois la mexor planta
 que adorna todo mi huerto,
 alegráisme el coraçón,

que nunca sin vos me alegre:
 lo que pudiere aré,
 qu'es daros a tiempo riego,
por que no se me marchite
 la cosa que tanto quiero¹¹.

De hacia mediados del siglo XVII es otro chispeante villancico glosado por don Jerónimo de Barrionuevo, de estilo evidentemente gongorino, que insiste sobre varias de las metáforas sexuales del poema anterior y vuelve a emparejar el tópico del *pozo* y del *pimiento* como imágenes simbólicas de la vagina y el pene, respectivamente:

*Bálgate el demoño el pollo,
 oj aquí, bálgate el demoño.*

Este pollo, madre mía,
 que m' e allado, es tan celoso,
 que no me deja comer
 ni, menos, dormir tanpoco.
 Ase echo migajero
 y, con esto, está tan gordo
 que estiende el cuello y las alas
 como ganso el mes de agosto.
 Al ruedo de mi chapín
 açe arrullos de palomo
 y me quita las lazadas
 biniéndole a ser estorbo.
Oj aquí.

El otro día s' entró
 en mi güerto, junto al pozo,
 entretenido escarbando
 por ber si estaba mui ondo.
 Arrimado a unos jasmines
 buscaba el dulce madroño,
 que ia se usa en jardines
 el allarse aora todo.
 Una mata de pimientos,
 en que me quedó uno solo
 para mis neçesidades,

11. Luis de Góngora, *Romances*, ed. A. Carreira, 4 vols., Barcelona, Quaderns Crema, 1998, III, núm. 127. Sobre el sentido erótico de este poema, véase Camilo José Cela, *Diccionario del erotismo*, 2 vols., Barcelona, Grijalbo, 1976 y 1982, s.v. *pito*.

me la arrancó por el tronco.
Oj aquí.

Con la cara se levanta
galleando como bobo
y, en mis faldas recostado,
m' está echando sienpre el ojo.
En un caldero, atrevido,
por saltar tan bullicioso,
estubo un rato nadando
saliendo una sopa todo;
casi le tube difunto
tan tieso, aunque estaba flojo,
que no bolbiera tan presto
si en mis carnes no le pongo.
Oj aquí.

¡Ai, madre mía!, ¿qué aré?
que alrededor d' este loco
andan todas las becinas
por que dicen que es gracioso.
Tiéennele tanta enbidia
que temo, sin duda, un robo
y, por eso, como dicen,
traigo la barba al onbro.
Que, aunque tiene cascabeles,
puede entrar, como goloso,
donde salga desplumado
dejando algo en mal cobro.
Oj, aquí¹².

La imagen del *pozo* (en este caso de una *poza*) con sentido indiscutiblemente erótico vuelve a asomar en un soneto erótico que también compuso algún alegre ingenio del siglo XVII de cuyo nombre no tenemos noticia:

12. Manuscrito 3736 de la Biblioteca Nacional de Madrid, pp. 252-253. Lleva en portada un título (*Comedias y Poesías Varias por Don Juan Cantón de Salazar*) y una fecha (1700) falsos, pues se trata en realidad de una gran colección de poemas manuscritos, fechados en torno a 1641-1643, de don Jerónimo de Barrionuevo, canónigo de Sigüenza. Este poema ha sido catalogado en José Manuel Pedrosa, "Flor de canciones tradicionales inéditas de los Siglos de Oro: el cancionero de Jerónimo de Barrionuevo (B.N.M. Ms. 3736) y otros manuscritos madrileños", *Revista de Filología Románica* 11-12, 1994-1995, pp. 309-325, núm E/8; y en Frenk, *Nuevo Corpus* núm. Agradezco la transcripción del poema completo a Raúl Sánchez Espinosa, que prepara en la actualidad una edición de los villancicos glosados por Barrionuevo.

Echado entre las piernas de su moza,
Lagunas, que del Nuncio fue lacayo,
mozo rollizo, robustazo y bayo,
hecho ya a trabajar en toda broza,

tentando el vado y la espaciosa poza
donde cifró el Amor su abril y mayo,
a la pretina arremangado el sayo,
anduvo entre ambos fina la retoza.

La piltra joven brinca con tal furia
que al chiquillo de Venus incitaba
a cálidos vapores de lujuria.

y viendo que Lagunas se tardaba:
"¡Dámelo, dice, ojos, furia, furia!"
Y él dijo: "¡Ya!", y cayósele la baba¹³.

La poesía y la narrativa modernas han recurrido también al uso eufemístico del pozo en obras de contenido erótico. Uno de los poemas de *Las flores del mal* de Charles Baudelaire se preguntaba:

¿Aromas y promesas y besos infinitos
renacerán de un pozo prohibido a nuestras sondas,
como ascienden al cielo reverdecidos soles
tras haberse lavado en los mares profundos?
— ¡Oh promesas! ¡Oh aromas! ¡Oh besos infinitos!¹⁴

Pero puede afirmarse que pocos autores han sabido cifrar en sus obras literarias los valores connotativos del *pozo* con la maestría y la sutileza con que lo hizo Leopoldo Alas, Clarín. Algunas de las escenas más sensuales de su inmortal novela, *La Regenta*, están ambientadas en una quinta de recreo, el Vivero, donde la decadente burguesía de Vetusta se entregaba a entretenimientos que mezclaban lo ridículamente vulgar con lo licencioso. Uno de ellos consistía en arrojar a un pozo ciego lleno de hierba, donde hombres y mujeres se mezclaban en extravagante promiscuidad. Ello encendía terribles celos en el corazón del Magistral, temeroso de que dos de los habituales de las jornadas festivas del Vivero, la mujer que más amaba, Ana

13. Manuscrito 3913 de la Biblioteca Nacional de Madrid, f. 37v. Sigo la edición de Pierre Alzieu, Robert Jammes e Yvan Lissorgues, *Poesía erótica del Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1983, núm. 107.

14. Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, ed. A. Verjat y L. Martínez de Merlo, Madrid, Cátedra, reed. 2000, p. 185.

“La Regenta”, y el hombre que más odiaba, Álvaro Mesía, pudiesen algún día participar juntos en aquel juego:

Subía el Magistral por las primeras calles de la Encimada, pasó por la puerta del Gobierno civil y allá dentro, en medio del patio, vio un pozo que él sabía que estaba ciego. Se acordó de que Ripamilán le había hablado varias veces de un pozo seco que había en el Vivero. Paco Vegallana, Obdulia, Visita y demás gente loca –había dicho el Arcipreste– se entretenían en cortar helechos, yerbas, ramas de árboles y arrojarlo todo al pozo, y cuando ya llega la hojarasca cerca de la boca... ¡zas! se tiran ellos dentro, primero uno, después otro y a veces dos o tres a un tiempo... Al mismo Ripamilán, con toda su respetabilidad, le habían hecho descender a aquel agujero, y por cierto que para sacarlo se había necesitado una cuerda... El Magistral tenía aquel pozo, que no había visto, delante de los ojos, y se figuraba a Mesía dentro de él, sobre las ramas y la yerba con los brazos extendidos esperando la dulce carga del cuerpo mortal de Anita... ¿Tendría ella tan reprehensible condescendencia? ¿Se dejaría echar al pozo? Don Fermín estaba en ascuas. ¿Qué le importaba a él? Pues estaba en ascuas¹⁵.

Los remordimientos que le hacía sentir su amor por Ana, el miedo a las habladurías de la gente y la evocación del pozo del Vivero y de los juegos desvergonzados que se desarrollaban en él no dejaban de mezclarse en el ánimo atormentado del Magistral, por más que él se empeñase en desterrarlos de su mente:

Pero, Señor, ¡qué luego, qué luego había empezado la gentuza, la miserable gentuza vetustense a murmurar de aquella amistad! ¡En dos días todo aquel run run, su madre con los oídos llenos de calumnias, de malicias, y el alma de sospechas, de miedos y aprensiones...! ¿Y qué había? nada; absolutamente nada; una señora que había hecho confesión general y que probablemente a estas horas estaría metida en un pozo cargado de yerba seca en compañía del mejor mozo del pueblo. ¿Y él qué tenía que ver con todo aquello? ¡Él, el Vicario general de la diócesis!¹⁶

En algún momento posterior descubrirá el lector de “Clarín” que los celos del Magistral no dejaban de tener algún fundamento, dado que Mesía había llegado a sopesar cuidadosamente –y a desestimar por arriesgada– la posibilidad de acercarse a la mujer que amaba aprovechando la circunstancia que le ofrecían El Vivero y su pozo:

Las excursiones al Vivero se habían repetido con frecuencia durante todo Octubre. Ana veía a Edelmira y a Obdulia, que se había declarado maestra de la niña colorada y fuerte, correr como locas por el bosque de robles seculares perseguidas por Paco

15. Leopoldo Alas “Clarín”, *La Regenta*, 2 vols., ed. J. Oleza, Madrid, Cátedra, 2001, I, pp. 616-617.
16. “Clarín”, *La Regenta* I, pp. 617-618.

Vegallana, Joaquín Orgaz y otros íntimos; veíalas arrojarse intrépidas al pozo que estaba cegado y embutido con hierba seca, y en estas y otras escenas de bucólica picante llenas de alegría, misteriosos gritos, sorpresas, sustos, saltos, roces y contactos, no había encontrado más que una tentación grosera, fuerte al acercarse a ella, al tocarla, pero repugnante de lejos, vista a sangre fría. Don Álvaro había notado que por este camino poco se podía adelantar, por ahora, con la Regenta¹⁷.

No sólo el pozo del Vivero y los juegos groseros que se desarrollaban en torno a él ejemplifican el simbolismo erótico que se asocia al pozo en la inmortal novela de Clarín. En otro episodio de la misma obra, Ana, cada vez más sensible a las asechanzas de su pretendiente, contempla desde su balcón el deambular melancólico de Mesía. Y es en ese crítico momento impregnado de erotismo cuando la imagen del pozo –aunque fuera de otro pozo de naturaleza bien distinta a la del Vivero– vuelve a aparecer:

Ana se sentía caer en un pozo, según ahondaba, ahondaba en los ojos de aquel hombre que tenía allí debajo; le parecía que toda la sangre se le subía a la cabeza, que las ideas se mezclaban y confundían...¹⁸.

Saltemos ahora de la prosa a la poesía, y comprobemos cómo Miguel Hernández recurrió también a la connotación eufemística del pozo en los versos de uno de los más encendidos romances de amor de su *Cancionero y romancero de ausencias*:

Alborada de tu vientre
cada vez más claro en sí,
esclareciendo los pozos,
anocheciendo el marfil¹⁹.

El mismo poeta insistió sobre lo mismo en una de las más breves cancioncillas de la misma obra:

El pozo y la palmera
se ahondan en tu cuerpo
poblado de ascendencias²⁰.

17. “Clarín”, *La Regenta* II, p. 72.

18. “Clarín”, *La Regenta*, II, p. 79. Véase además, sobre este episodio, Harriet Turner, “Sentirse caer en un pozo: mimesis, imagen y la crítica del conocimiento en *La Regenta*”, *Leopoldo Alas: Un clásico contemporáneo (1901-2001)*, eds. A. Iravedra Valea, E. de Lorenzo y Á. Ruiz de la Peña, Oviedo, Universidad, 2002, pp. 765-773.

19. Miguel Hernández, *El hombre acecha. Cancionero y romancero de ausencias*, ed. L. de Luis y J. Urrutia, Madrid, Cátedra, 1988, p. 209.

20. Hernández, *El hombre acecha* p. 223.

Paul Celan, el inmenso poeta de raíces judías, búlgaras y rumanas que escribió algunos de los mejores versos en lengua alemana del siglo XX, introdujo también la alusión erótica al pozo en un bellissimo poema en el que se entretienen todo tipo de alusiones amorosas:

En marzo de nuestro año nocturno
hundí mi cuerno verdestrella en tu carpa:
tú le diste lecho
en la cuenca de lluvia de la despedida.

Tu zapato, lo vi, estaba ceñido,
tu mirada
voló con la nieve sobre las cumbres de las montañas,
y abajo en el pozo
saboreaba ya tu corazón el vino, para el que no se parte pan alguno.

Repartida
estabas tú en alturas y profundidades,—
en la arena
yacía yo y sacaba
la prenda caduca de nuestro verano²¹.

También el gran novelista brasileño Jorge Amado recurrió a la muy acuñada metáfora erótica del pozo, que él manejó con su proverbial ironía y con su fino sentido del humor en su novela *Los viejos marineros* (1961):

El meritísimo doctor Siqueira, juez jubilado, respetable y probo ciudadano de calva lustrosa y erudita, me explicó que se trataba de un lugar común, es decir, de cosa tan clara y sabida que llega a convertirse en un proverbio, en un dicho de todos. Con su grave voz, de inapelable sentencia, añadió un detalle curioso: no sólo la verdad está en el fondo de un pozo, sino que allá se encuentra enteramente desnuda, sin ningún velo que le cubra el cuerpo, ni siquiera las partes vergonzosas. En el fondo del pozo y desnuda.
[...]

Sin embargo, por más que él me explique que se trata sólo de un proverbio popular, muchas veces me encuentro pensando en ese pozo, profundo y oscuro, desde luego, donde fue la verdad a esconder sus desnudeces dejándonos en la mayor confusión, discutiendo por esto y por lo otro, llevándonos a la ruina, a la desesperación y a la guerra.

Pero el pozo no es realmente un pozo, y el fondo del pozo no es el fondo de un pozo. Según el proverbio, eso significa que la verdad es difícil de revelarse, que su desnudez no se exhibe en la plaza pública al alcance de cualquier mortal. Pero es nuestro deber,

21. Paul Celan, *Los poemas póstumos*, trad. J. L. Reina Palazón, Madrid, Trotta, 2003, p. 32.

el de todos nosotros, buscar la verdad en cada hecho, hundimos en la oscuridad del pozo hasta encontrar su luz divina.

[...]

He ahí una verdad que no ilumina el faro del juez y que me obligó a bucear un poco para encontrarla. Para contar toda la verdad debo añadir que fue agradable, delicioso buceo, pues en el fondo de ese pozo estaba el colchón de lana del lecho de Dondoca, donde ella me cuenta —cuando a eso de las diez de la noche dejó la prosa erudita del Meritísimo y de su voluminosa consorte— divertidas intimidades del preclaro magistrado, desgraciadamente no aptas para letra de molde²².

Por su parte, Octavio Paz, en un poema amoroso que llevaba el significativo título de *Dama* (1955), combinó la referencia a un equívoco pozo con otras de larga tradición en la literatura erótica —el tránsito de la noche a la mañana, y el reptil o serpiente como símbolo fálico—:

Todas las noches baja al pozo
y a la mañana reaparece
con un nuevo reptil entre los brazos²³.

Fernando Arrabal, en *La piedra de la locura*, una colección de breves poemas en prosa que fueron publicados originalmente en francés en 1964, engarzó también un relato en el que el pozo vuelve a tener un sentido indiscutiblemente erótico:

Las mujeres llevaban cuernos blancos y antifaces negros. Los hombres, arrodillados junto a ellas, imploraban.

Por todas partes veía el mismo espectáculo. Bajaba las escaleras y también veía el mismo espectáculo y el mismo veía en todas las habitaciones.

Cuando entré en el patio oí una voz que provenía del pozo seco. Bajé al pozo y allí, en un rincón, estaba ella con su cara hecha de azulejos y sus grandes ojos inmóviles. En el cuello tenía una cadena y una llavecita. Me la dio y abrí sus faldas. Tenía el pubis cubierto con un antifaz del que salían dos cuernos afilados.

Me besó con sus labios de piedra y sentí la herida que me hacían sus cuernos. La sangre humedeció mis ingles²⁴.

Uno de los más interesantes poetas españoles contemporáneos, Jesús Aguado, en un poema de inspiración oriental, ha utilizado también la misma metáfora:

22. Jorge Amado, *Los viejos marineros*, trad. B. Losada, Barcelona, Ediciones B, 1995, pp. 98-99 y 101.

23. Octavio Paz, *Dama*, en *Piedras sueltas* (1955), *Obra poética (1935-1988)*, Barcelona, Seix-Barral, reed. 1988, p. 158.

24. Fernando Arrabal, *La piedra de la locura*, ed. F. Torres, Madrid, Destino, 1970, p. 90.

Como el hoyo en la arena que excavarán
 las manitas de un niño,
 que no es igual que el túnel
 de un topo,
 ni es igual que los cimientos
 de un palacio que mil obreros abren,
 ni es igual a la angustia (ese agujero
 que a bocados ensancha la diosa de la noche),
 ni es igual a la herida de una flecha.

De todos esos pozos
 sólo en uno te puedes derramar
 (el río de la vida desbordando tu cuerpo)
 sin perder ni una gota,
 sin conservar tampoco ni una gota.

Vikram Babu pregunta:
 ¿sabes cuál?²⁵

En un libro de dos jóvenes poetas españoles actuales, Andrés Neuman y Ramón Repiso Ruiz, ha sido incluido el siguiente *haiku* –su título es *Despertar*– que vuelve a emparejar los tópicos del amor y del pozo:

Un rumor vuelve
 desde el pozo y se vuelca
 en flor con nombre²⁶.

Por su parte, el poeta gallego Claudio Rodríguez Fer ha vuelto a recurrir a la bien arraigada metáfora erótica del pozo en un poema cuyo significativo título es *Como unha gata*:

Viñecheste a sentar como unha gata
 no meu colo de fucsias e zafiros:
 fumos facendo un pozo da ternura
 e o noso amor uníuse subterráneo
 ao río no que o pozo desemboca²⁷.

Hasta aquí, hemos ido revisando obras de autores por lo general bien conocidos que utilizaron en sus obras amorosas un motivo –el del *pozo* como símbolo de la vagina– heredado de una tradición que se nos ha revelado muy antigua y extendida.

25. Jesús Aguado, *Los poemas de Vikram Babu*, Madrid, Hiperión, 2000, p. 61.

26. Andrés Neuman y Ramón Repiso Ruiz, *Alfileres de luz*, Granada, Universidad, 1999, p. 14.

27. X. L. Axeitos, *Antoloxia de poesía galega erotica e amatoria*, A Coruña, Sada, 1988, p. 120.

Aunque algunos de estos textos llegan a ser extraordinariamente artificiosos y sofisticados, lo cierto es que muchos beben o al menos corren en paralelo del claro arroyo de la tradición popular, en que el *pozo* = “vagina” lleva mucho tiempo acuñado como uno de los eufemismos eróticos más recurrentes. La siguiente antología de canciones incluye textos en castellano y en gallego, de la península Ibérica y de México o Cuba, en forma de jota, de rabelada cántabra o de letra flamenca, de una obscenidad agresiva o de un erotismo sutilísimamente velado. Su productividad y su arraigo se nos muestran, pues, muy amplios y variados. Particularmente interesantes para nosotros son las canciones que hacen alusión a *la caída en el pozo* (“Cuñada, tu delantal / tiene un pozo muy hondo, / donde *se cayó* mi hermano...”; “Una beata y un fraile / *se cayeron* en un pozo...”), porque entroncan directamente con algunos de los poemas antiguos que hemos conocido (“El abad *cayó* en un pozo / muerto de gozo”), o con textos tan magistrales y sofisticados como el de *La Regenta*, cuyo erotismo no se hallaba –recordemos– cifrado en la imagen exclusiva del *pozo*, sino, más bien, en la más concreta *caída en el pozo*:

Cuñada, tu delantal
 tiene un pozo muy hondo,
 donde se cayó mi hermano
 con las alforjas al hombro²⁸.

Debajo de tu mandil
 tienes un pozo muy hondo,
 donde se cayó mi hermano
 con las alforjas al hombro²⁹.

Debajo de tu mandil
 tienes un pozo muy hondo,
 donde se ahogó mi hermano
 con las alforjas al hombro³⁰.

Debajo del delantal
 tienes un pozo muy hondo,
 allí se baña una trucha
 con las alforjas al hombro³¹.

28. Letra de jota recogida por mí en Estella (Navarra) en agosto de 1995 a Juan Satrústegui y Javier Orkarai.

29. José Manuel Fernández Cano, *Mil cantares populares*, Ciudad Real, Diputación, 1998, núm. 713.

30. Fernando Flores del Manzano, *Cancionero del valle del Jerte*, Cabezueta del Valle, Cultural Valxeritense, 1996, p. 175.

31. Gomarín Guirado, *Cancionero secreto*, núm. 76. Véase además Isabel Barahona, “Transcripción del trabajo de campo”, en *Literatura tradicional sin fronteras: el repertorio multicultural de Montreal*, ed. J. M. Pedrosa, Montreal, [ed. J. M. Pedrosa], 1997, pp. 23-65, p. 32: “Todas las mujeres tienen / un sentimiento muy hondo, / donde se baña Carlitos / con sus alforjas al hombro”.

el pozo tiene nombre:
es Pozohondo⁴².

Me puse'ajondar un poso
con mucho gusto y plasé;
me salió amarguita 'el agua,
l'eché tierra y lo segué⁴³.

Mención aparte merecen las canciones que no citan el *pozo*, pero sí la *noria*, que no es otra cosa que el artilugio mecánico que sirve para sacar agua del *pozo*:

Hortelano del alma,
ande la noria,
que de seca se me abre
la güerta toda⁴⁴.

A la mujer la comparo
con la tierra de una huerta,
que tiene la noria en medio
y el perejil a la puerta⁴⁵.

Yo a la mujer la comparo
con el "arte" de una huerta,
que lleva la noria en medio
y el perejil en la puerta⁴⁶.

El cuerpo de una mujer
es lo mismo que una huerta:
tiene la noria en el medio
y el perejil en la puerta⁴⁷.

No sólo en la cuarteta lírica tradicional, sino también en otros subgéneros de la literatura oral, pueden documentarse ejemplos de la metáfora erótica del *pozo*. El romancillo de *El cura pide chocolate* es un magnífico ejemplo:

42. Fernando Rodríguez de la Torre, *Dichos, coplas y versos tópicos de La Mancha y de la provincia de Albacete*, Albacete, Excma. Diputación, 2000, p. 273.

43. Antonio Machado y Álvarez, *Cantes flamencos y cantares*, ed. E. Baltanás, Madrid, Espasa, 1998, p. 187.

44. Kenneth Brown, "Doscientas cuarenta seguidillas antiguas", *Criticón* 63, 1995, pp. 7-27, núm. 65.

45. Santos, Delgado y Sanz, *Folklore segoviano III La jota*, p. 79.

46. Antonio Vallejo Cisneros, *Música y tradiciones populares*, Ciudad Real, Diputación, 1988, p. 195.

47. Urbano, *Sal gorda*, p. 192.

El cura está malo, malito en la cama,
a la media noche llama a la criada.
— ¿Qué quier, señor cura, que tanto me llama?
— Quiero chocolate. — ¡Ay, señor, no hay agua!
— Coge el cantarillo y vete a buscarla.
Al llegar al pozo la sogá no alcanza.
— Quitate las zapatillas y vete al fondo a buscarla.
Al llegar al fondo la picó una rana,
mala picadura, picadura mala,
que a los cinco meses la nena engordaba.
A los nueve meses parió la criada,
parió un niño hermoso con gorro y sotana.
— Llévalo al *hespicio*—, el cura mandaba.
— Llévalo al *hespicio*—, — No me da la gana,
que quiero criarlo, que soy moza honrada,
y tengo dos pechos como dos manzanas.
El ama mayor d'ella se celaba.
Y aquí se acaba la historia del cura y de la criada,
y por un perrón ¿quién quiere comprarla⁴⁸?

En Portugal, el poeta iletrado António Maria Eusébio (Calafate) (1820-1911) fue autor de unas décimas eróticas que incluían la siguiente estrofa:

*Tem uma árvore escondida
num regato ao pé dum poço,
que dá fruta sem caroço
chamada gostos da vida.
Dessa fruta pretendida
que a menina tem na quinta,
se acaso tem uva tinta
a menina dê-me um cacho,
que na sua quinta de baixo
o seu bastardo já pinta⁴⁹.*

En la tradición del pueblo *nguemal/bansoa* del Oeste de Camerún es posible registrar todavía hoy extensas y complejas canciones que integran estrofas como las siguientes:

48. Jesús Suárez López, *Silva asturiana. Nueva colección de romances (1987-1994)*, Oviedo-Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal-Real Instituto de Estudios Asturianos-Ayuntamiento de Gijón-Archivo de Música de Asturias, 1997, p. 647.

49. José Martins Garcia, *Poesia portuguesa erótica e satírica. Séc. XVIII-XIX*, Lisboa, Afrodite, 1975, pp. 285-286.

Señora Ntukam, Ntukam, la mulata,
la mujer mulata, sabemos que eres guapa.
Pero ¿por ello te has tornado un pozo
en el que viene a coger agua todo el mundo?
¿Dónde has dejado tu honor?

...
¿Eh, mujer mulata?
¿Y el honor de tu marido?
Ten cuidado, guapetona,
el sida está afuera, y camina como una persona.

...
Hermanos ladrones, no probéis a la mujer de alguien.
Por muy dulce que sea, hay dulces que matan.
Subid, bajad, id a la derecha, id a la izquierda,
pero tenéis que saber que la mujer de alguien es su mujer.
Que sea cojo, ciego, jorobado, es su mujer
que compró y abonó el dinero.

...
Tenéis que saber también que, si a alguien le gusta demasiado algo,
provocará su muerte.
Ese pozo adonde va a coger agua todo el mundo
es también el pozo donde
se rompen todos los calabacines.
Si alguien tiene oídos, que escuche.
He acabado⁵⁰.

No sólo la poesía tradicional, sino también el cuento, han aludido al pozo como símbolo erótico. Comprobémoslo a partir del siguiente fragmento de uno de los cuentos “prohibidos” rusos compilados por Alexandr N. Afanásiev a mediados del siglo XIX:

... Camina que te camina, llegan a un río. La señorita pensó bañarse, dio orden de parar, se desnudó y se metió en el agua. El criado se queda mirando.
— Si quieres bañarte conmigo, de prisa, desnúdate.
El criado se desnudó y empezó a nadar. Ella, al ver el instrumento con el que se hacen hombres, mira, tiembla de alegría y le pregunta:
— Escucha, ¿qué tengo aquí? — señalando su agujero.
— Un pozo — contesta el criado.
— Sí, es verdad. ¿Y eso que te cuelga?
— Esto se llama potra.
— Escucha. ¿Tienes ganas de beber?
— Bebería encantado, ama. ¿Pero podría abreviar en vuestro pozo?
— Bueno, déjala, pero que abreve en la superficie, y que no vaya demasiado dentro.

50. Céline Clémence Magnéché Ndé, *Aproximación a la literatura oral nguemba/bansoa del Oeste de Camerún. Géneros y análisis*, tesis doctoral, 2 vols., Zaragoza, Universidad, 2001, II, pp. 1014-1015.

El criado acercó su potra a la señorita y empezó a excitarla. Le fue llenando y ella le ordenó:

— ¡Deja que vaya más dentro, deja que vaya más dentro, que beba bien!
De este modo se solazó y salieron del agua con dificultad⁵¹.

Tras tantos ejemplos de poemas y de relatos, antiguos y modernos, artificiosos y folclóricos, hispánicos y extrahispánicos, sólo nos queda, para concluir, señalar que también en los ritos, creencias y costumbres del pueblo, y no sólo en su literatura, han estado los pozos asociados a ideas y a prácticas relacionadas con el amor y con la sexualidad. Etnólogos ha habido que han analizado los

“pozos de los deseos”, que participan de una concepción fertilizadora en la mente de las mujeres extremeñas. Al aljibe de Cáceres, al pozo del castillo de Jarandilla, a la fuente del claustro del monasterio de Guadalupe, etc., arrojan monedas las jóvenes deseosas de novios y las no tan jóvenes que buscan el logro de una difícil maternidad. Los paralelismos son abundantes fuera de la región. Quizás la costumbre más conocida sea la que gira en torno al pozo milagroso de Santa Catalina (Gumiel de Izán, Burgos), al que las mujeres que quieren descendencia lanzan una piedrecita o un trozo de tela, dependiendo de que su inclinación vaya hacia un hijo o hacia una hija. Tanto en el caso burgalés como en los muchos extremeños que he catalogado, nos encontramos ante la pervivencia de lo que fue un credo en el poder fertilizador de ciertas aguas, poder que se vería potenciado en estas ocasiones con la virtud del lanzamiento de objetos rituales por las propias solicitantes⁵².

Rituales de fecundación parecidos han sido documentados en otros lugares de España, como el campo salmantino:

Tirando una chinita redonda todas las mañanas a la salida del sol, en un pozo, durante un mes, será la mujer seguramente embarazada⁵³.

Incluso entre los sefardíes de Marruecos han sido documentadas prácticas parecidas:

En las cercanías de Tetuán había un pozo adonde acudían las mujeres embarazadas, próximas a dar a luz, que arrojaban un poquito de su comida al pozo⁵⁴.

51. Alexandr N. Afanásiev, *Cuentos prohibidos rusos*, trad. J. Garrote, Madrid, Mestas, 2002, p. 105, núm. XXXVI.

52. José M^a Domínguez Moreno, *Cultos a la fertilidad en Extremadura*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1987, p. 31.

53. Luis Maldonado Ocampo, “Sobre fecundidad y esterilidad”, *Hoja Folklórica* 31, 15-VI-1952, p. [1].

54. Información facilitada por la señora Sara Kadosh, nacida en Tetuán en 1920 y emigrada a Israel en 1960; fue entrevistada en Kiriat Gat (Israel) en 1981 por Gladys Pimienta. El informe pertenece al *Proyecto Folklor* de la Radiodifusión Israelí (PF 133/10), a cuyo director, Moshé Shaul, agradezco el permiso para su utilización.

Concluimos aquí nuestra exploración de las connotaciones eróticas que, en ocasiones, se han asociado a los pozos en la literatura, en las creencias, en los ritos tanto del pueblo como de las élites letradas de muchos lugares distintos y de muchas épocas diferentes. La muestra de textos literarios y de informaciones que hemos podido reunir ha sido tan variada y representativa que pone fuera de cualquier duda el viejo y extendidísimo arraigo de una metáfora que trasciende el ámbito de lo literario y que hay que interpretar más bien dentro de un marco cultural amplio y abierto. Después de nuestro seguimiento de tantos *pozos* simbólicamente identificados con el sexo femenino por tantas épocas y tradiciones, el verso del *Libro de buen amor* 973b, “non fallé pozo dulce nin fuente perenal”, parece ver confirmado el simbolismo erótico que algunos le habían atribuido. Dentro, por supuesto, de los márgenes de oscuridad y de misterio que se reserva la metáfora siempre para sí, y de la voluntad irónica y socarrona de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, de mantener intencionadamente sus versos en la penumbra donde la prospección crítica nunca podrá llegar a vencer el enigma que siempre rodea la buena poesía.